

Al servicio de la hospitalidad

Sor Cristina Santiago, HSC

En en el año en el que se cumplen 25 años de la celebración de la Jornada de Vida Consagrada, me suscitó el anhelo de compartir el testimonio de mi vida consagrada en hospitalidad. Este aniversario me ha motivado a hacer una relectura agradecida de mis 25 años de Vida Consagrada, celebrados recientemente. Con este hecho, he sentido cómo Él ha ido realizando conmigo su historia de amor, de salvación y sanación, capacitando mi vida para la entrega, haciendo de ella un cauce de su amor en medio de mi fragilidad.

Con este preámbulo, constato que la Vida Consagrada ya en sí es un don, una llamada y una tarea, que Dios ofrece a la persona para colaborar con Él a través de la misión específica a la que Él te envía.

En mi caso, fue a través de la persona con enfermedad mental: un mundo que para mí era desconocido. Cuando me acerqué por primera vez a un hospital psiquiátrico, el ver el sufrimiento reflejado en los propios rostros de las personas, supuso en mí un impacto inexplicable pero radical; quedé atrapada y seducida de tal manera que, sin saber por qué, me vinieron a la memoria las palabras de Mt 25 “cuanto hicisteis a uno de estos más pequeños a mí me lo hicisteis”.

Esta fue la realidad, la mediación de la que Él se sirvió para despertar en mí la llamada a la Vida Religiosa Hospitalaria. Ahora, la hospitalidad se ha convertido en una manera concreta de seguir a **Jesús** a través de esta vocación de servicio.

Las Hospitalarias hemos sentido la llamada de Dios a vivir un proyecto común con otras Hermanas para dedicar la vida al servicio de la hospitalidad. No como salvadoras, sino como mediadoras de la misericordia con la que hemos sido tocadas y bendecidas, para ser hoy, en medio de esta realidad de sufrimiento, cauces de su misericordia y de su esperanza, en una realidad que genera tanta soledad y dolor. Desconfiando de nosotras, confiamos en el Corazón de Jesús que quiere llegar especialmente a los que más sufren.

A lo largo de estos años, he ido viviendo esta hospitalidad en las realidades que se me han confiado a



través de distintos servicios: voluntariado, pastoral de la salud, pastoral vocacional, etc. En ellos he experimentado esa comunión y sentimiento de quienes formamos la comunidad hospitalaria (personas asistidas, familiares, colaboradores, voluntarios, hermanas, bienhechores, amigos, y las personas en formación, todos) estamos en el mismo barco. “Nadie puede pelear la vida aisladamente. Se necesita una comunidad que nos sostenga, que nos apoye y en la que nos ayudemos unos a otros a mirar hacia adelante. ¡Qué importante es soñar juntos!” (*Fratelli tutti*, 8).

En el barco de la hospitalidad todos nos sentimos parte de un proyecto común. Unos a través de la vocación consagrada, otros, desde su vocación laical, o desde unos valores humanos, hacemos realidad este sentido de fraternidad en medio de un mundo herido en el que cada día nos acercamos, de puntillas, porque el terreno que pisamos es sagrado, como lo son la vida de cada persona a las que ofrecemos nuestra entrega en la atención y el cuidado.

Siento que las personas asistidas han estado y están en el centro de mi corazón y, sin duda, han alimentado y sostenido mi entrega a esta vocación hospitalaria como un regalo y un don.

Acoge mi entrega, en respuesta a tu amor y fidelidad, para ser misericordia con mis hermanos. Que cada día me viva enviada por ti Señor, a la misión que me confías. Ser tuya es vivir.

Que podamos ser hoy luz de Cristo a través de la práctica de la Hospitalidad en tantos Cristos que hoy sufren. 😊

El grito de Dios: todos hermanos

Marta Novoa, HDPC

La misión fuera de la cultura en la que crecí me hizo descubrir qué es sentirse extranjera y esto propició un nuevo camino en mi interior hacia la búsqueda de la fraternidad. Pasé mi formación aprendiendo de forma teórica y práctica la importancia de la fraternidad en la Vida Consagrada, no solo para vivir en comunidad sino también para la misión. Tras mi profesión perpetua, Dios me ha llevado a vivir mi vocación en tierras distintas a la que nació y en culturas diferentes. Fue ahí donde cobró significado una palabra que ya existía en mi vocabulario: extranjero.

Al salir a la misión, mis ojos primero se fijaron en que todos eran extranjeros, la gente con la que trabajaba, mis hermanas de comunidad. Todos eran distintos a lo que conocía y todos los canales de comunicación externos que había aprendido y me habían ayudado anteriormente a comenzar, paso a paso, caminos hacia la fraternidad, ahora no me funcionaban. Lo externo (costumbres, ritos, idioma, físico, expresiones...) no me unía a nadie. Ellos eran los extranjeros, los distintos a lo mío.

Permanecer en la misión y no abandonar me llevó a dar un paso más; mis ojos dejaron de ver a los demás como extranjeros, ya que reconocí que lo era yo. Me sentía extranjera, no hermana. Y esa soledad que conlleva el ser extranjero me llevó a mirar dentro de mí de una forma diferente. Fue en mi interior donde aprendí un camino nuevo para la fraternidad, un camino de “dentro hacia afuera”.

Comencé un proceso de intentar mirar a los otros de dentro a fuera, aprender a buscar nuevos puentes para acercarme a lo que me une a los demás y no aquellas diferencias culturales, costumbres que me separan; y desde aquello que me une y me hace hermana, compartir las diferencias. No es un camino fácil, ya que supone salir de lo conocido, salir de mi zona de confort, de ser sincera

conmigo misma, de aprender a mirar desde Dios, de aceptar a veces que el que tengo delante está en su propio momento del proceso. Pero, sin embargo, cada paso que consigo me hace la vida más fácil.

He ido descubriendo que puedo haber vivido físicamente 14 años fuera de la tierra en que nació y, sin embargo, interiormente no haber salido nunca de ella. Y eso me hizo ver que puedo estar toda una vida en comunidad físicamente y nunca haber salido de mí misma al encuentro del otro, solo haber compartido “espacios”. No creo que la fraternidad comience en la acogida del otro, intuyo que empieza al entrar en mí para hacer consciente el proceso de salida al hermano.

Vivir en un mismo espacio y no hacer un proceso consciente de buscar la fraternidad (ese ser todos hermanos, hijos de un mismo Dios, que tanto proclamamos con nuestras palabras) nos puede llevar solo a abrir heridas, y esto queda patente en muchas de las noticias sobre migración que vemos cada día. Intuyo que este es un camino que comienza de forma personal, y es una preciosa llamada a cada consagrado a ser parábola de fraternidad en su pequeña realidad para así poder ser comunidades parábolas de fraternidad para nuestros barrios, pueblos, ciudades, países, el mundo.

La vida de misión en otras culturas me enseñó que lo contrario de fraternidad es mirar a los otros como extranjeros. El hermano es parte de nosotros, el extranjero no es de los nuestros. En mi comunidad vivimos ocho hermanas de tres continentes, siete países distintos. La misión de que ninguna nos miremos como extranjeras me parece un reto y un “Grito de Dios” a trabajar por bien de la construcción del Reino hoy. 😊

